

EL CEMENTERIO ISLÁMICO DEL FUERTE DE SANTIAGO (ALGECIRAS, CÁDIZ).

NUEVAS EXCAVACIONES Y SÍNTESIS INTERPRETATIVA

José María Tomassetti Guerra / Cibeles Fernández Gallego

José Suárez Padilla / Salvador Bravo Jiménez / Taller de Investigaciones Arqueológicas S. L.

Rafael M^a Jiménez-Camino Álvarez / Arqueólogo. FMC “José Luis Cano”

Ildefonso Navarro Luengo / Arqueólogo. Área de Patrimonio Histórico de Estepona

*las flores que saldrán de mi cabeza
algo darán de aroma*

Javier Krahe

RESUMEN

Presentamos un avance de los nuevos datos aportados por las recientes investigaciones en el cementerio islámico situado al Norte del mayor de los recintos urbanos medievales de Algeciras. Los ocho años transcurridos entre la primera y la última campaña de excavaciones han permitido afinar, tanto por el estudio de este espacio como por las excavaciones ejecutadas en el interior de la *madina*, muchos de los argumentos elaborados a lo largo de estos años. Las principales aportaciones de nuestra investigación son: la formulación de hipótesis que expliquen las desigualdades constatadas entre las fases I y II, en cuanto a la organización del espacio, la tipología de las tumbas y los artefactos arqueológicos; se plantea que estas diferencias son suficientemente significativas como para hablar, no ya de fases, sino de cementerios diferentes. Interpretamos los cambios observados en el registro arqueológico como variaciones del ritual de enterramiento originadas a partir de factores de tipo ideológico. Se propone, además, un ensayo de datación para ambas necrópolis y la existencia de una fase III, más moderna, con interesantes implicaciones histórico-arqueológicas. A la luz de una revisión crítica de las fuentes islámicas, que hacemos en otra comunicación a estas Jornadas, se establece la probable identificación de la *maqbara* más moderna con el *fonsario* mencionado en la Crónica de Alfonso XI.

Palabras clave: Algeciras, excavación arqueológica, cementerios, *maqabir*, bajomedieval islámico, bajomedieval cristiano, almohade, nazarí, meriní.

1. ANTECEDENTES Y CAMPAÑAS DE EXCAVACIÓN

Tradicionalmente se ha tenido conocimiento de la aparición casual de restos esqueléticos humanos en el entorno del Fuerte de Santiago y Parque de M^a Cristina desde que Pérez Petinto (1944) dejara por escrito las noticias de su existencia. Junto a la información así transmitida, se han recabado otros testimonios orales cuyo detalle puede consultarse en TORREMOCHA y NAVARRO (1998) o TORREMOCHA y otros (1999), pero la primera actuación sobre el terreno que permitió plantear la existencia real del cementerio no tiene lugar hasta 1996, cuando J. M. Gener (1996) dirige una campaña de excavación en los antiguos viveros municipales, aunque sin resultados especialmente significativos.¹

Estrictamente, las campañas de excavación que han contribuido a nuestro actual conocimiento del cementerio islámico han sido cinco, entre 1997 y 2003.

- **Primera campaña** (noviembre y diciembre de 1997). Bajo la dirección administrativa de Ildefonso Navarro y Antonio Torremocha, el primero de ellos ejecutó, con Juan Bautista Salado, la excavación de urgencia (tras un inicial rebaje mecánico de 400 m², sometido a vigilancia arqueológica) sobre una superficie de 170 m² en espacios pertenecientes al antiguo cuartel del Calvario, entre los 19'43 y los 20'92 m.s.n.m., estudiándose una secuencia que, sobre las arenas geológicas, muestra los restos conservados de dos fases superpuestas del cementerio bajomedieval islámico, amortizado por rellenos y restos de pavimentos cristianos del siglo XIV, éstos, a su vez, bajo cimentaciones y sedimentos aportados en la Edad Contemporánea (NAVARRO y TORREMOCHA, 1998).
- **Segunda campaña** (primavera de 1998). Por los datos publicados (TORREMOCHA y otros, 1999: 139, donde sólo se cita; TORREMOCHA y OLIVA, 2003: 193-194), se exhumaron 30 sepulturas en una superficie aproximada de 160 m², como ampliación de la I^a Campaña hacia el noreste, con similares resultados.
- **Tercera campaña** (enero a abril de 2001). El equipo formado por Rafael Jiménez-Camino, José María Tomassetti y Cibeles Fernández, bajo dirección administrativa del primero, llevaron a cabo esta campaña (incluyendo un rebaje mecánico vigilado de toda su superficie, aproximadamente 1.560 m²). Se abrieron tres sondeos iniciales de 7'2 m² cada uno, posteriormente prolongados como zanjas (cuatro, 54'4 m² en total); finalmente, como ampliación de la más meridional de ellas, se diagnosticó un área abierta de morfología irregular y 270 m² de superficie. Entre los 17'80 y los 20'75 m.s.n.m., en números absolutos, se estudió una secuencia arqueológica similar a las de las campañas anteriores, salvo por la inexistencia de niveles correlacionables con la presencia cristiana del siglo XIV, aunque sí se pudo precisar la fase contemporánea, identificándose el piso del primitivo campo de instrucción del cuartel de Artillería del Calvario antes de los rellenos que se practicaron para instalar sobre él el de infantería Fuerte de Santiago.
- **Cuarta campaña** (septiembre de 2001 a enero de 2002). Cibeles Fernández dirigió la intervención de urgencia que, junto a José María Tomassetti, desarrolló como continuación de la anterior, originadas ambas, al igual que las campañas precedentes y la posterior, en las obligaciones patrimoniales derivadas de la promoción inmobiliaria que SOMIXUR S. A. viene llevando a cabo en los espacios antes pertenecientes al cuartel Fuerte de Santiago. En esta ocasión la estrategia de trabajo consistió en la apertura de 10 sondeos de 9 m² cuya estratigrafía sirvió de orientación para la vigilancia de un rebaje mecánico controlado de 1.915 m². Finalmente, se ampliaron los sondeos II y III hasta alcanzarse un total de 165 m² excavados con metodología arqueológica. Las cotas absolutas máximas de inicio y fin de los trabajos se extienden entre los 17'23 y los 20'92 m.s.n.m. La secuencia estudiada, además de sí documentar en esta ocasión un

¹ Se excavaron 40 m² repartidos en 10 sondeos durante los días 4 y 9 de marzo de 1996, entre los 13'30 y los 14'00 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.), alcanzándose el manto geológico arcilloso en toda la zona diagnosticada. Bajo el humus superficial aportado para el cultivo de vegetales, Gener documenta un nivel de desmantelamiento de la terraza original formado por arenas con restos de malacofauna, cerámica muy rodada y algunos fragmentos de huesos humanos.

buen número de depósitos de época cristiana (sondeo 10), amplía la historia del cementerio a una IIIª fase –no documentada en las otras campañas– antes de las nivelaciones y construcciones contemporáneas.

- **Quinta campaña** (enero a noviembre de 2003). Nuevamente Rafael Jiménez-Camino, desempeñando sus funciones de arqueólogo municipal, dirigió la última de las campañas, que llevó a efecto coordinando a un amplio equipo formado por técnicos de las empresas Taller de Investigaciones Arqueológicas S. L. (Salvador Bravo, Cibeles Fernández, José María Tomassetti, José Suárez, María Antonia Martín, Sonia Ayala, Alfonso Palomo) y Figlina S. L. (Luis Iglesias, José Ángel Expósito, Ever Calvo y Francisco Javier Chaparro). En la presente ocasión se abrieron tres sondeos iniciales, cada uno de 64 m², que, aparte la lectura y documentación de un perfil existente de 90 metros de longitud, se continuaron con otros tres (de 23x4'5 metros los números 4 y 5, y de 23x4 el nº 6). En total, han sido 491 m² excavados, entre las cotas 17'22 y 20'46 m.s.n.m. Las conclusiones finales indican la revalidación de las fases de enterramiento previamente estudiadas (salvo la llamada fase III de la cuarta campaña), incluido el “abandono” cristiano del siglo XIV, antes de las obras y rellenos contemporáneos. La reflexión efectuada sobre ésta y las precedentes campañas nos ha sugerido novedosas hipótesis que afectan a la propia caracterización de las fases como cementerios diferenciados, al conocimiento de su organización interna, a su probable cronología y a su identificación precisa en las fuentes crónicas.

2. ANÁLISIS ESTRATIGRÁFICO DEL YACIMIENTO

A pesar de lo extenso del espacio afectado (aproximadamente 35.400 m²) en proporción a lo diagnosticado por excavación con metodología arqueológica (unos 1.582 m², inferior al 4'5% del total),² creemos plausible el ejercicio de extrapolación que haremos para aproximarnos a la conformación estratigráfica de la secuencia general del yacimiento. De hecho, incluso desde los trabajos de Gener en los viveros municipales, puede rastrearse una estratificación altamente homogénea que, omitiendo las diferencias entre campañas, se puede sintetizar en cinco grandes paquetes sedimentarios que, a su vez, representan cinco momentos cronológicos distintos capaces de explicar por sí mismos la historia urbana de este amplio sector de la Algeciras actual.

	Iª CAMPAÑA	IIª CAMPAÑA	IIIª CAMPAÑA	IVª CAMPAÑA	Vª CAMPAÑA
MODERNO-CONT.	Presente	Presente	Presente	Presente	Presente
CRISTIANO	Presente	Presente	Ausente	Presente	Presente
CEMENTERIO III	Ausente	Ausente	Ausente	Presente	Ausente
CEMENTERIO II	Presente	Presente	Presente	Presente	Presente
CEMENTERIO I	Presente	Presente	Presente	Presente	Presente

En todos los casos, a muro de la secuencia estudiada se encuentra un paquete de arcillas y/o arenas terciarias cuya interfaz superior marca una discontinuidad cronológica entre la historia geológica y la cultural, de modo que sobre ella se producen las acciones humanas que inauguran el uso histórico de esta colina al norte de la *madina* medieval.³ La topografía previa a dicho uso se nos escapa en sus detalles, pero no debía diferir demasiado de la existente antes de los rellenos que permitieron allanar el espacio para habilitarlo como campo de instrucción del cuartel del Calvario. El rebaje mecánico efectuado durante la tercera campaña posibilitó avanzar una aproximación al respecto (al menos para la zona de confluencia entre la

² En cada una de las campañas, sus directores se han ajustado a los criterios establecidos por la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía en Cádiz.

³ Se han registrado algunos artefactos fabricados en sílex, rescatados cuando se excavaba la primera de las fases funerarias, pero sin relación contextual con ésta. Necesariamente responden a la frecuentación de estos espacios durante la prehistoria local, como se conoce en el reborde litoral escarpado que va desde las terrazas del río Palmones hasta las inmediaciones de Torre Almirante; al sur de la ciudad (entorno del colegio Salesianos, Punta del Rodeo); o en yacimientos costeros entre Getares y Cala Arena. En general, puede consultarse el análisis de S. Fernández Cacho(1995).

prolongación de la avenida Blas Infante y la calle Capitán Ontañón), reconociéndose como un cerro, limitado al este por el acantilado marino, de suaves pendientes a norte y sur pero con caída más acusada hacia el oeste, dando la impresión de existir una vaguada con desarrollo lineal hacia el acceso más cercano a la *madina* bajomedieval (la hasta ahora llamada Puerta de Gibraltar, que nosotros identificamos con la del *fonsario* de la Crónica de Alfonso XI).⁴

Cementerio I. La más antigua de las necrópolis estudiadas se instala sobre este paquete areno-arcilloso mediante la excavación de fosas (con indicadores o no sobre el nivel de suelo) que luego se rellenan con el mismo sedimento evacuado en el momento de su apertura. Se muestra, por tanto, no como un estrato físicamente discernible del terreno de base, sino como un conjunto de acciones de excavación, inhumación y relleno (en casos, instalación de estructuras), cuya entidad volumétrica no puede calcularse más allá de lo que supone la evaluación del contenido de las fosas. Ello no obsta para que se hayan recogido objetos cerámicos, metálicos u otros que, en el continuo uso del cementerio, o durante su abandono, han quedado incluidos en la matriz sedimentaria por alteración antrópica o natural de su superficie en contacto con los agentes atmosféricos. El análisis de estos materiales, para la fase I de la Vª campaña, indica la presencia de fragmentos cerámicos pertenecientes a un lapso temporal amplio que va desde el siglo X a principios del XIII. Todos aquéllos pertenecientes a momentos históricos previos a la ocupación almohade se muestran con un alto índice de rodamiento, gastadas sus aristas y profundamente alteradas sus superficies.

Cementerio II. Resulta en extremo difícil valorar las circunstancias de deposición del paquete arenoso que amortiza a la fase anterior. En sí, se compone de varios niveles de arenas gruesas con muy frecuentes inclusiones de gravillas, cerámicas y restos malacológicos, altamente fragmentados y rodados. Destaca la coloración rojiza del conjunto, si bien se han distinguido capas, a veces, con tonalidades diferentes: marrones, amarillentas o verdosas. Hasta ahora se ha venido barajando, junto a la posibilidad de un relleno voluntario, la de un aporte natural (por efecto de inundaciones de los arroyos cercanos en época medieval, o, incluso, por efecto de lluvias torrenciales como las referidas por la Crónica de Alfonso XI (ver ROSSELL, 1953: 348).⁵

Para dilucidar estos extremos hemos recabado informes de Francisco Torres Abril (licenciado en Ciencias Geológicas), José Luis Vera Peláez y Mª Carmen Lozano Francisco (doctores en Paleontología, Museo Municipal Paleontológico de Estepona). En síntesis, sus apreciaciones se resumen en el siguiente sentido: por un lado, el depósito (o depósitos) se instaló sin dudas tras el abandono del primer cementerio; originalmente, fueran una o varias las acciones de relleno, todo el paquete arenoso poseía las mismas características granulométricas, con idénticas inclusiones y similar coloración de muro a techo. Los procesos de edafización posteriores han causado las diferencias de color que hoy se aprecian (marrón-rojizo-verdoso, de arriba abajo) –y que nosotros hemos identificado, cuando ha sido posible, como unidades estratigráficas independientes–, siendo en realidad distintos horizontes de suelo, formados por procesos químicos habituales en la edafogénesis comarcal. Procede todo el sedimento de un ambiente litoral costero, seguramente recogido de una playa fósil cercana de edad tirreniense y vertido intencionadamente sobre la interfacies superior de la fase I.

⁴ Recomendamos al lector interesado la consulta de nuestro trabajo en estas mismas jornadas “Allende el río... Sobre la ubicación de las villas de Algeciras durante la Edad Media: una revisión crítica”, donde se reconsideran los datos histórico-arqueológicos y se plantean las hipótesis en que basamos nuestra actual interpretación de la ciudad y, en consecuencia, de sus espacios funerarios.

⁵ Al respecto, ya se dijo en 1998 que “la U.E. 4 constituye un aporte de gravas –bien por causas naturales, bien por acción antrópica– que ocasionó una reelevación de la superficie de la necrópolis, de manera que las tumbas del segundo nivel no afectan en ningún momento a las del nivel inferior” (Torremocha y Navarro, 1998: 109). En los informes inéditos de las subsiguientes campañas, hasta la cuarta, se sigue dudando sobre la génesis de los estratos respectivos. Buena parte de estas conclusiones preliminares han sido expuestas, sin nuestra autorización, en el último trabajo publicado sobre estelas funerarias (Torremocha y Oliva, 2003: *passim*), incidiéndose, por desgracia, en los errores que nos hemos afanado en corregir antes de darlas, nosotros, a conocer.

Sobre la intencionalidad de este aporte de tierras resulta esclarecedor el resultado de su estudio malacológico. Además la caracterización de las especies identificadas (todas de ámbitos mediterráneo-atlánticos y de edad holocena), se observa una alta fragmentación distinta a la producida por el efecto mecánico natural del oleaje marino, fragmentación que los doctores Vera y Lozano (2004) interpretan como roturas antrópicas posiblemente voluntarias de las conchas y valvas.⁶ En cualquier caso, su uso alimentario ha sido plenamente descartado.⁷

Todo ello significa una fuerte y compleja transformación de los espacios sobre los que se instala el segundo cementerio, y que supone: la recogida del sedimento (incluidos numerosos fragmentos cerámicos con superficies y aristas redondeadas); la recogida de conchas y su mezcla con la matriz arenosa; el transporte desde un lugar no determinado, aunque supuestamente localizado en el entorno; y su vertido controlado sobre la antigua necrópolis, creando, por así decirlo, un nuevo paisaje donde empezar de nuevo la actividad funeraria. Resulta obvio que tantas preocupaciones no pueden deberse a la simple falta de espacios donde seguir enterrando, sabiendo, como sabemos, que por todo al-Andalus se han resuelto carencias de capacidad de las *maqabir* integrando en ellas parcelas adyacentes o fundando otras en emplazamientos periurbanos distintos (a menudo sobre alfares, como indican Fili y Rhondali, 2002, en Sevilla, Pechina, Toledo, Murcia). Es decir, puede no tratarse de un proceso de crecimiento o modificación del primer cementerio, sino de su planificada sustitución por el segundo. Si a ello sumamos las diferencias en el ritual de enterramiento y de organización interna (en estrecha relación con los vertidos), hemos de concluir que su origen podría estar vinculado a un cambio histórico –quizá también demográfico– con reflejo visible en las prácticas mortuarias de la población local.

El contenido artefactual de estos niveles de arenas, conchas y gravillas es amplio en su caracterización cronológica relativa, pudiéndose estudiar fragmentos cerámicos que abarcan desde los siglos X-XI hasta el XIV. No obstante, y tal como ocurría en los estratos subyacentes, puede diferenciarse sin problemas un nutrido grupo de materiales muy rodados, los más antiguos –y, por tanto, no datantes–, de otro de apariencia fresca que nos fecha el cementerio II desde mediados del siglo XIII.

⁶ Resumimos el contenido del citado informe: “La procedencia del material malacológico es sin duda, de la playa, todas las especies identificadas son netamente marinas (...) el único fin observable de este material malacológico es su utilización como relleno de los cadáveres (...) Se han identificado 19 especies de moluscos, 17 de ellos son marinos (gasterópodos y bivalvos) y dos son continentales (gasterópodos pulmonados), y dos de crustáceos (...) Todos (...) proceden de la zona infralitoral (permanentemente sumergida) poco profunda (...) si bien *Jujubinus gravinae* procede de la zona intertidal (zona de mareas) de sustrato rocoso o pedregoso (...) Además del desgaste producido por abrasión marina (oleaje) y rozamiento con la arena y gravas del rompiente de playa, se observa un tipo de fragmentación mecánica presumiblemente antrópica sobre los restos de bivalvos hasta convertirlos en fragmentos menores (...) que interpretamos como roturas por una herramienta que aplastó las conchas hasta un tamaño uniforme que oscila entre 1 cm y 2 cm de longitud (...) Procede de las playas de la costa de Algeciras o zonas cercanas del Atlántico adyacente o del Mediterráneo occidental (...) La datación de los moluscos es el Holoceno (...) Lo más probable es que las conchas se recogieran durante la construcción de la necrópolis” (Vera y Lozano, 2004: *passim*). Los moluscos identificados son *Jujubinus gravinae*, *Turritella* sp., *Bittium reticulatum*, *Buccinum corneum*, *Columbella rustica*, *Chauvetia* sp., *Cyclope donovania*, *Nassarius reticulatus*, *Nassarius pygmaeus*, *Theba pisana*, *Oestophora* sp., *Glycimeris* sp., *Rudicardium tuberculatum*, *Chamalea gallina*, *Callista chione*, *Venus verrucosa*, *Donax trunculus*, *Ensis* sp. y un prosobranquio no identificable; los crustáceos: *Brachyura* sp. y *Balanus* sp.

⁷ Resulta en extremo interesante la existencia de un paquete estratigráfico de idénticas características sedimentológicas e inclusiones malacológicas en la necrópolis islámica del arrabal de Enmedio, en Ceuta (solar de calle Real, 42-44), según nos comunica su excavador, Fernando Villada Paredes, Arqueólogo Municipal de la Ciudad Autónoma. En esta ocasión, el análisis geológico de las muestras apunta que los fragmentos de moluscos fueron aportados a la matriz sedimentaria, es decir, que no formaban parte del mismo depósito original y, por tanto, resulta aún más elaborada su preparación (por desgracia, el depósito carece de enterramientos y de fecha precisa, a techo de un nivel altomedieval y a muro de la última fase islámica, entre los siglos XI y XIV). La identidad de estas unidades estratigráficas a ambos lados del Estrecho, y sus grandes semejanzas con niveles similares estudiados en la última campaña de excavación en la *maqbara* de la avenida España en Estepona (Bravo y otros, 2003a y 2003b, cuya vigilancia previa ofreció una fase final compuesta por arenas rojizas con gravas, de posible aporte intencional), las convierte en un “estratotipo” cuyo análisis conjunto puede, a la larga, definir un horizonte cronológico -con cuantas implicaciones culturales y rituales se deriven- que sería de gran ayuda a la hora de interpretar ulteriores trabajos de campo, habida cuenta de las muchas dificultades que plantean las necrópolis islámicas para su correcta seriación. Por otra parte, las acciones de “relleno” sobre cementerios anteriores son también habituales en otras ciudades de *al-Andalus*, por ejemplo, en Málaga (niveles nazaries de la *maqbara* de *Yabal Faruh*: Mayorga y Rambla, 1999: 324; Santamaría y otros, 1999: 342).

Cementerio III. El sondeo 3 de la IVª Campaña de excavaciones permitió nuestro conocimiento de una tercera fase –eso sí, muy limitada– de enterramientos. Como en otros casos, su dimensión estratigráfica casi se reduce a la excavación de fosas y posteriores relleno y señalización. Un estrato orgánico arenoso sin las típicas inclusiones (gravas, moluscos...), pero con parte de la mampostería derrumbada de los muros pertenecientes a la fase II, cubre las estructuras documentadas.

Si bien se han reconocido superposiciones de enterramientos en la fase II, se descartó la posibilidad de tratarse, en este caso, de una de ellas, a raíz de su análisis estratigráfico. La excavación de las fosas afecta, cortándolos, a los muros de la fase previa y a sus recrecimientos, de modo que, cuando se abrieron aquéllas, éstos se encontraban ya ocultos a la vista.

Desgraciadamente, los materiales arqueológicos contenidos en los depósitos respectivos ayudan poco para su encuadre cronocultural, ofreciendo un término *post quem*, como máximo, tardoalmohade/nazarí (mediados del siglo XIII), sin que se puedan hacer más precisiones. Sin embargo, se asocian a ella varios fragmentos de estelas fabricadas en arenisca que nos ayudan a plantear sugerentes hipótesis, como se verá más adelante.

Cristiano. No hay relación estratigráfica alguna entre el cementerio III y los niveles pertenecientes a la fase medieval cristiana, no existiendo ésta en el sondeo 3 de la IVª campaña.⁸ Por otra parte, el sondeo IV-S10 ofreció una secuencia sedimentaria formada por la sucesión de depósitos arenosos que (salvo la UE IV-S10-1: superficial, contemporánea) pueden datarse de forma relativa en el periodo bajomedieval cristiano, existiendo inclusiones cerámicas tipo "Paterna" desde la base, a -1'65 metros de la superficie (17'23 m.s.n.m.).

Conocemos mejor el periodo en algunos sondeos de la Vª Campaña. Concretamente, en el V-S4/5, se han documentado paquetes sedimentarios sobre la fase funeraria II y amortizando un espacio abierto considerado "camino", donde quedaron los derrumbes de varios muros que la separaban de los espacios de enterramiento. El sondeo V-S1 conservaba una zanja practicada en el mismo momento, que cortó varios cadáveres de las fases I y II.

Moderno-Contemporáneo. Sabemos que desde 1555 parte de estos terrenos pertenecían a Juan Jiménez Serrano y María de Mendoza, matrimonio residente en Gibraltar, y que más tarde pasan vía herencia a los Condes de Cartaojal (CORRERO, 2003: 476). Hasta el momento, las estratigrafías estudiadas no han reconocido fase alguna adscribible al periodo en que la ciudad permanece básicamente despoblada, recuperándose la continuación de la secuencia a partir del siglo XVIII.

En los primeros años de ese siglo el solar vuelve a ser ocupado, al menos desde 1716 (TORNAY, 1981: 64), con la construcción del Fuerte de Santiago, que en 1796 acogía cinco cañones de gran calibre y cuatro morteros (OCAÑA, 2001: 99). A comienzos del siglo XIX, esta zona del extrarradio urbano conocida como Cortijo del Calvario se encontraba notablemente deteriorada, hasta el punto de convertirse en basurero (ARANDA y QUILES, 1999: 97), por lo cual algunos vecinos solicitan del Cabildo la concesión de parte de sus tierras para labrarlas, en 1814. Un lustro después se traza un plan para allanar y regularizar los terrenos como parte del proyecto de construcción del cuartel del Calvario (ARANDA y QUILES, 1999: 99), si bien en 1830 Vicente Bálamo adquiere la finca (CORRERO, 2003: 476) y lleva a cabo una labor de arrendamiento parcelario fruto de la cual parte de los terrenos cercanos al Fuerte son usurpados por el Cabildo (VICENTE, 2001: 132) para construir la alameda del Paseo Cristina. Dicho proceso se inicia en 1833 con la ocupación de pequeños lotes de tierra en la que los vecinos, sea por cuenta propia o a instancias del Cabildo, formarían lo que luego se denominará Paseo de Cristina (VICENTE, 2001: 129). En 1845, el paseo ya aparece parcelado en alamedas y jardines divididos por una calle central y otras transversales, dejando entre ellas los espacios para cultivo de los particulares.

⁸ En adelante usaremos el siguiente código para referirnos a unidades estratigráficas (UE) y unidades estratigráficas funerarias, es decir, enterramientos (UEF): número de campaña (I, II, etc.) + número de sondeo (S1, S2, etc.) o "área abierta" (AA) + número de unidad (1, 2, etc.). Así, UE V-S4/5-23 es la unidad estratigráfica 23 del sondeo 4/5 de la Vª campaña; UEF III-S3-39 es el enterramiento nº 39 del sondeo 3 de la IIIª campaña.

En el sondeo V-S4/5 se ha documentado una doble línea paralela de agujeros de árboles en sentido sur-norte, probables vestigios de esta alameda, antiguo camino a Gibraltar (JIMÉNEZ-CAMINO y otros, 2004: Fase IV). El dato, en coincidencia con el “camino” del cementerio II, es muy orientador sobre la posible existencia de una vía de comunicación en la zona desde la Edad Media.

Por último, el año 1860 verá la construcción del cuartel de Infantería del Calvario, que aprovechó los espacios libres como campo de instrucción hasta que terminaron integrados en las dependencias interiores del cuartel de Artillería Fuerte de Santiago, demolido entre 2000 y 2003. Buena parte de los estratos adscritos a las fases contemporáneas en todas las campañas –cuyo detalle ahorramos al lector en esta ocasión– pertenecieron a las obras de relleno, nivelación, cimentación, solado, etc. de estas estructuras militares.

Periodo	Principales acciones documentadas	Cronología
CONTEMPORÁNEO	Cuartel de Artillería “Fuerte de Santiago”. Nivelaciones, excavaciones, rellenos, edificios...	ss. XIX-XX
MODERNO-CONT.	Fuerte de Santiago. Cuartel de Infantería del Calvario. Nivelaciones, excavaciones, rellenos, edificios...	ss. XVIII-XIX
TARDOMEDIEVAL-MODERNO	Ciudad despoblada. Ocupación esporádica	ss. XV-XVII
CRISTIANO	Reales del asedio de Alfonso XI: fin del uso funerario. Obliteración de calles, caída de estructuras, afección sobre las superestructuras funerarias, zanjas, etc.	1344-1369 1342-1344
ABANDONO	Amortización de las superestructuras funerarias	Desde 1342
CEMENTERIO III	Excavación de fosas, afectando al cementerio II	¿1329-1342?
CEMENTERIO II	Excavación de fosas, afectando al cementerio I	¿Hasta 1342?
REORGANIZACIÓN	Instalación de estructuras, diseño de calles.	Desde 1238
CEMENTERIO I	Enterramientos sobre el geológico	Hasta 1238

3. ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DEL CEMENTERIO-FASE I

Nuestro conocimiento de la llamada fase I es ciertamente muy parcial. Las cuatro primeras campañas de excavación, salvo en sectores aislados, nunca agotan los distintos niveles de enterramiento, a menudo diagnosticándose sólo los más cercanos a la superficie. En total, se conocen 137 cadáveres de los 761 estudiados hasta el momento, que representan el 18'00% del total, pero prácticamente la mitad (66) proceden de los sondeos de la Vª campaña (2003), donde siempre se ha analizado la secuencia completa.

Las cifras ofrecidas en la tabla siguiente compilan todos los datos recogidos en informes y publicaciones, respetándose la fasificación realizada por sus respectivos excavadores.

TIPO DE ENTERRAMIENTO	C. I+II	C. III	C. IV	C. V	TOTAL	%
Fosa simple	3	27	14	49	93	67'88
F. s. cubierta de mampostería	1	0	0	0	1	0'73
F. s. con cubierta de tejas	6	3	1	16	26	18'98
F. s. con cubierta de ladrillos	0	1	0	0	1	0'73
F. s. con encintado y cubierta de ladrillos	0	1	0	0	1	0'73
Fosa con encintado de lajas	0	1	0	1	2	1'46
mqabriyyas	0	4	5	0	9	6'57
Bastidor de sillarejo	0	0	1	0	1	0'73
Cista de mampostería	0	1	0	0	1	0'73
Osarios (fosas simples)	2	0	0	0	2	1'46
TOTALES	12	38	21	66	137	100'00

Queremos, sin embargo, hacer dos puntualizaciones. En la Iª Campaña se excavaron los restos de una estructura interpretada como panteón o *qubba*. Si bien en el trabajo de Torremocha y Navarro (1998: 110) no se adscribe a ninguna fase concreta, indicándose solamente que es cortada por una de las inhumaciones de la segunda, en Torremocha y Oliva (2003: 196) queda incluida en la más antigua, ya que sus muros “estaban cortados por sepulturas pertenecientes al segundo nivel de ocupación”. Sin duda, la tumba I-AA-82 –y sólo ella– intersecta de lado a lado su muro suroeste, pero, como resulta también evidente en los planos publicados, este mismo paramento divide en dos a los esqueletos nºs I-AA-80 y I-AA-81, también reconocidos como de la fase II en el informe y las publicaciones. Es necesario, por tanto, convenir en su pertenencia al segundo cementerio y, en este sentido, quizá, replantearse su funcionalidad, más bien como estructura subaérea para la ordenación interna del espacio funerario (conocidas para dicha fase en las campañas III, IV y V) que como enterramiento singular bajo cubierta abovedada.⁹

Por otra parte, en el sondeo V-S4/5, la UEF V-S4/5-274, considerada de la fase I, igualmente nos plantea dudas. Se inhumaba en una fosa paralela a uno de los muros de delimitación del viario, supuestamente en un momento en que éste no existía. No se encuentra inserta en el característico paquete de arenas, gravas y moluscos que identifica a la fase II, motivo que mueve a considerarla de la anterior, pero hay que tener en cuenta que los rellenos que habilitan el nuevo cementerio no invaden las zonas de paso.¹⁰ A expensas de ulteriores precisiones al respecto, por el momento se considera entre los enterramientos más antiguos, como consta en el correspondiente informe.

⁹ Cabría la posibilidad, por tanto, que la inhumación nº I-AA-82 perteneciera a la fase III, única que, en el resto del espacio estudiado, secciona netamente los muros preexistentes.

¹⁰ Además, posee una orientación bien diferente de la mayoría de enterramientos, sean de una u otra fase, casi norte-sur, coincidente sólo con las UEFs V-S4/5-316 y V-S4/5-323, de la fase II.

En general, los cadáveres se disponen como es usual en el ritual islámico, en decúbito lateral derecho, con orientación variable, pero casi siempre noreste (pies)-suroeste (cabeza), con la cara vuelta a su derecha. A pesar de que a menudo se emplean calzos de piedra para mantener la posición, son habituales los vuelcos a prono o supino de todo o parte del esqueleto postcraneal y/o desplazamientos puntuales del cráneo, pero ello no supone variable alguna en la sistemática seguida sino alteraciones postdeposicionales de diversa índole.¹¹ Es común que aparezcan alterados por sepulturas posteriores, incluso hasta su completa remoción, circunstancia que ha provocado su amontonamiento desordenado, en cuyo caso se han interpretado como “osarios” (de uno o más individuos, pero nunca muy extensos) que, desde el punto de vista de la tipología de las tumbas, deben considerarse como “fosas simples”.

Al parecer, e independientemente de la clase de tumba empleada, los cuerpos no se inhumaron en cajas o plataformas de madera, si hemos de guiarnos para su identificación por la aparición de clavos u otros elementos metálicos. Este hecho, tan frecuente en el cementerio II, sólo puede apuntarse ahora para la UEF V-S4/5-295, que proporcionó dos tachones. Los cuerpos, conforme a la costumbre habitual, y obligada –pues se trata de un deber de la comunidad–, debieron depositarse en la fosa simplemente amortajados con una pieza de tela que envolviera todo el cadáver.¹²

Los entierros se producen habitualmente en fosas simples excavadas en el sustrato, luego rellenadas con la misma tierra, por lo cual excepcionalmente llegan a ser observadas en planta, caso único de V-S2-220, donde se aprecia la estrechez de la excavación, justo lo suficiente para inhumar el cadáver, facilitando el difícil equilibrio de la postura empleada.

Si nos atenemos a los resultados de la Vª campaña, la más fiable para hacer valoraciones numéricas, se advierte que, junto a las fosas simples sin cubiertas –mayoritarias (74'24%, incluidos los osarios)–, destaca el grupo con cubierta de tejas, dispuestas en paralelo, solapadas y con su eje mayor transversal a la alineación general del esqueleto (24'24%). Su proporción, en general para todo el cementerio I, apenas llega al 19'00%, pero suelen aparecer fragmentos inconexos de tejas que, sin duda, deben proceder de cubiertas similares desaparecidas.¹³ Hay que tener en cuenta que, una vez destruida la señalización externa de una tumba, cualquiera que fuese, si ésta no poseía sus paredes revestidas, el aspecto que se nos ofrece a la hora de excavarla es, sin más, la de una fosa simple. Así, la elevada presencia de tumbas sencillas distorsiona, y no sabemos en qué medida, el aspecto real que presentaría el cementerio durante el tiempo que permaneciera en uso (sirva de orientación la lámina I, del cementerio de Tamnougalt Ksar en Zagora, Marruecos).¹⁴

En cualquier caso, puede decirse que el cementerio I se compone básicamente de fosas simples sin cubierta o con cubierta de tejas. El 3'65% lo integran las excepcionales –por escasas– cubiertas con mampostería o ladrillos (sólo un caso de cada tipo), con encintado y cubierta de ladrillos (una), o las encintadas con lajas (dos), aún más excepcionales si se considera que tres de las cinco corresponden a individuos infantiles, circunstancia –su edad– que pudiera haber influido en un tratamiento diferencial del lugar de enterramiento.

¹¹ Esto es así para todo el yacimiento y todas las fases identificadas, por lo que no volveremos a referirlo más adelante.

¹² “La Tradición Profética, recomienda utilizar tres paños blancos (sudarios), uno tras otro, para el hombre y, dos paños más tres elementos complementarios para la mujer (...). Pero advierte contra el encarecimiento y la ornamentación. Estos paños, además de ser nuevos, serán de tela normal y corriente (no serán de seda ni cualquier otro tejido costoso)”; *Los funerales en el Islam* (s/f: 18).

¹³ De hecho, esto debe ser así para casi todos los tipos de tumbas con superestructura poco consistente (bastidores de mampuestos, lajas o ladrillos). Los factores postdeposicionales han eliminado toda huella de túmulos de tierra, por demás habituales en este tipo de necrópolis, arrasándolos. Los marcadores superficiales de la fase II tipo estelas o ladrillos vidriados, o incluso mqabriyyas de piezas cerámicas, cuyos restos aparecen dispersos en el sedimento, nunca han permanecido *in situ*, contrariamente a lo que se indica en Torremocha y Oliva (2003: 195, nota 12).

¹⁴ Fotografía obtenida de www.archnet.org/library/images.

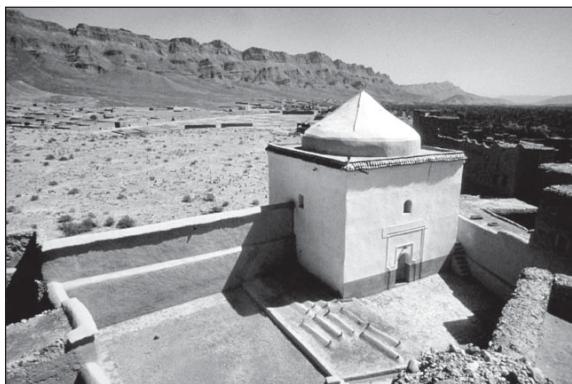


Lámina I. Cementerio de Tamnougalt Ksar en Zagora, Marruecos.
Fotografía obtenida de www.archnet.org



Lámina II. *Mqabriyya* de plinto y gradas, campaña I, sondeo e, UE-36.

Sí deben considerarse caso aparte los ejemplos documentados de *mqabriyyas* (6'57%). De mampostería y ladrillo, revestidas con estuco blanco, han sufrido, en mayor o menor medida, el arrasamiento de parte de su fábrica original.¹⁵ Sirven para definir los dos tipos observados los casos III-AA-183, conservando un tercio de su longitud total aproximada, incluida la cubrición a cuatro aguas, con un reborde periférico por los tres lados conocidos (persistían algunos retazos de pintura roja bajo los desconchones de estuco); y la IV-S3-36, de la que quedó lo suficiente para poderla clasificar como “*mqabriyya* de plinto y gradas” (lámina II), a falta de un supuesto remate de sección triangular.

Creemos que puede incluirse en este grupo -al menos sea por la complejidad de su construcción- la estructura que clasificamos en su día como cista de mampostería (III-AA-179; 0'73% de la fase), con cubierta de sillarejos. Bien es verdad que no poseía cubrición similar a las *mqabriyyas* conocidas, pero es igualmente cierto que ninguna de éstas fue desmontada, desconociéndose su organización interna (aunque en general suelen poseer únicamente la arquitectura visible). Se trata de una cista rectangular de 1'80x70cm (medida al exterior de la cubierta) levantada con paredes de mampostería y cerrada por dos hiladas de grandes piedras escuadradas a manera de sillarejos. Contenía un cadáver sobre cuyo esplancocráneo se encontró una pieza de hierro que, a expensas de su restauración, clasificamos como punta de proyectil.

Por último, se conoce un caso en que el cadáver (o cadáveres: su conservación muy parcial impide precisarlo) se rodeó de un bastidor de sillarejos de arenisca (UE IV-S2-32; 0'73% de la Fase). Nos atrevemos a considerar la posibilidad de que se trate de una de las sepulturas que en la *maqbara* de *Yabal Faruh* de Málaga se han clasificado como tipo F, también conocido en el cementerio murciano de San Nicolás (FERNÁNDEZ GUIRADO, 1995: 45). No obstante la imprecisión de nuestra atribución, hemos querido incluirla en las estadísticas para no obviar su presencia.

Mqabriyyas, cista y bastidor componen, todas ellas, un grupo de enterramientos que se diferencia del resto de tipos por la complejidad de una arquitectura, interior y/o superficial, con

¹⁵ Son las UEFs III-AA-183, 184, 185 y 187; y las UEs IV-S2-36, IV-S3-3/43, IV-S3-39, IV-S3-40 (afectada por un enterramiento de la fase II, y éste, a su vez, bajo otro de la fase III) y IV-S3-36.

aspecto más elaborado. Su distribución espacial en el cementerio quizá no indica nada (por las comentadas carencias de conocimiento de la fase), pero resulta significativo que la más alejada de estas “estructuras complejas” se encuentra en el sondeo 9 de la IVª campaña, más o menos en el centro del espacio estudiado. Puede apuntarse la idea de que, en el caso de tener el tipo un correlato con la posición socioeconómica de los individuos enterrados, la cercanía a la ciudad tuviera un valor añadido a la hora de elegir el lugar donde recibir sepultura.

En este sentido también puede valorarse la presencia del panteón identificado como UE III-AA-193 (lámina III), espacio perfectamente delimitado mediante un recinto de lajas de piedra clavadas directamente en el sedimento y con cinco compartimentaciones internas, también mediante lajas o con líneas de mampostería. En su interior se alojan, de norte a sur, las UEFs III-AA-22 y III-AA-23 en un primer compartimento; la III-AA-9 en el segundo; la III-AA-228 en el tercero; en el cuarto no se ha observado la existencia de enterramientos contemporáneos debido a la intrusión de un conjunto de tumbas infantiles que, si bien no forman parte del panteón, pertenecen igualmente a la fase I, aunque más tardías.

Aparte las propias tumbas o agrupaciones de éstas, sólo una estructura muraria (UE IV-S3-31), de mampostería (grandes cantos rodados o subredondeados de caliza), podemos considerar a la hora de plantear una posible organización del espacio cementerial. Posee distinta fábrica y orientación que las conocidas en el mismo sondeo para la fase II, dando apoyo a una de ellas (UE-IV-S3-20). Su existencia –con función desconocida– junto al mencionado panteón y la posible concentración de *maqabriyyas* son los únicos factores organizadores que se pueden apuntar para la *maqbara* original.

Por lo demás, y analizando especialmente las plantas de la Vª campaña, se observa que las fosas se encuentran bastante dispersas, quizá debido, en estos primeros momentos, a una mayor disponibilidad espacial en terrenos de bajo coste económico, pues –siendo arenas y arcillas– tendrían escasa rentabilidad agrícola. Parece acertado, así, ubicar la necrópolis en tierra improductiva.¹⁶ Unido a ello, la ausencia de muros de distribución facilitaba la elección del emplazamiento de cada tumba. De hecho, no se observa ningún patrón de distribución, como ocurrirá más tarde, que no sean las agrupaciones mencionadas.



Figura 1. Extensión del cementerio en la fase I.



Lámina III. Panteón de lajas excavado durante la campaña III, área abierta, UE-193.

¹⁶ A similar conclusión se llega, por ejemplo, en la necrópolis almeriense de *Bab Bayyana* (Martínez y otros, 1995: 105).

4. ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DEL CEMENTERIO-FASE II

Se ha expuesto cómo, abandonado el primer cementerio, se procede al relleno deliberado de todo su espacio con característicos sedimentos arenosos mezclados también intencionalmente con fragmentos de conchas de moluscos. Según se desprende del análisis estratigráfico del sondeo 4/5 en la Vª campaña, antes del vertido inicial se encajarían los primeros muros organizadores, dotando a todo el espacio funerario de un renovado aspecto que –es nuestra opinión– podría ser identificado con un nuevo cementerio, conocido hasta ahora como fase II en la necrópolis del Fuerte de Santiago.

Es necesario hacer algunas consideraciones sobre la tipología de las tumbas, pues se advierten cambios significativos que implican nuevas prácticas en el ritual aunque, por supuesto, éste sigue siendo el mismo en lo fundamental. En primer lugar, el empleo de fosas simples continúa, pero aumenta porcentualmente su representación hasta llegar al 95'63% (incluido el osario; el 91'94% en la Vª campaña, cuyos valores consideramos más demostrativos).¹⁷ Por contra, las cubiertas de tejas (iguales a las anteriores) casi desaparecen, con 3 ejemplares (0'49%, siendo alguno dudoso por lo parcialmente conservado; 0'67% en la última excavación), de manera que esta modalidad, junto a las mqabriyyas, puede considerarse muy característica del más antiguo de los cementerios.

TIPO DE ENTERRAMIENTO	C. I+II	C. III	C. IV	C. V	TOTAL	%
Fosa simple	116	169	167	137	589	95'47
F. s. cubierta de mampostería	1	0	2	0	3	0'49
F. s. con cubierta de tejas	2	0	0	1	3	0'49
F. s. con cubierta de ladrillos	0	1	0	0	1	0'16
Fosa con encintado de lajas	0	1	1	0	2	0'32
Fosa con enc. de mampostería	1	0	0	0	1	0'16
F. con enc. lajas y mampostería	0	0	0	10	10	1'62
Fosa con encintado de ladrillos	1	3	2	1	7	1'13
Osarios (fosas simples)	1	0	0	0	1	0'16
TOTALES	122	174	172	149	617	100'00

Los demás modos de acondicionamientos observados, salvo las cubiertas de ladrillos o mampostería –0'65% de casi nula representatividad, como en la fase previa–, pueden agruparse en la categoría de “encintados”, ya sean de ladrillos, lajas y/o mampuestos. En total, son 20 (3'24%) frente a los 3 anteriores (2'19%).¹⁸ Si bien no cambia su presencia porcentual, lo que sí se observa es una diversificación en los materiales usados, pues, obviando los enterramientos infantiles más arriba comentados, prácticamente se usan sólo lajas en el primer cementerio. Esto nos da la impresión de cierta provisionalidad en el momento de composición de las tumbas, en el sentido de que se usa lo que se tiene más a mano, habitualmente elementos de poco o nulo valor económico.

Estas diferencias, aparte lo estrictamente numérico, no sólo han de enfocarse como evolución de las costumbres, sino que también, y más importante, marcan cambios “culturales” que deben tener un trasfondo ideológico. Unido a los demás aspectos que se comentan más abajo, nos conducen a plantear la propuesta de dos cementerios distintos.

De un centenar de tumbas se han recuperado elementos de hierro relacionados con la clavazón y refuerzo de supuestos contenedores: parihuelas y, sin duda, ataúdes. Son clavos, argollas, tachones y cantoneras, cuya disposición microespacial en algunos casos presenta alineaciones que delimitan estructuras latentes no conservadas, generalmente de anchura inferior

¹⁷ UEF IV-S6-29 fue depositado en una fosa excavada en las arenas de base y cubierto con sedimentos de la fase II (UE IV-S6-14), permitiendo la identificación del perímetro de la fosa (lámina IV). Siendo, como se ha dicho, difícil documentar la planta de estas sepulturas, sin embargo, en los perfiles se aprecian repetidas veces sus huellas.

¹⁸ 0'75% y 0'99%, respectivamente, para la Vª campaña.

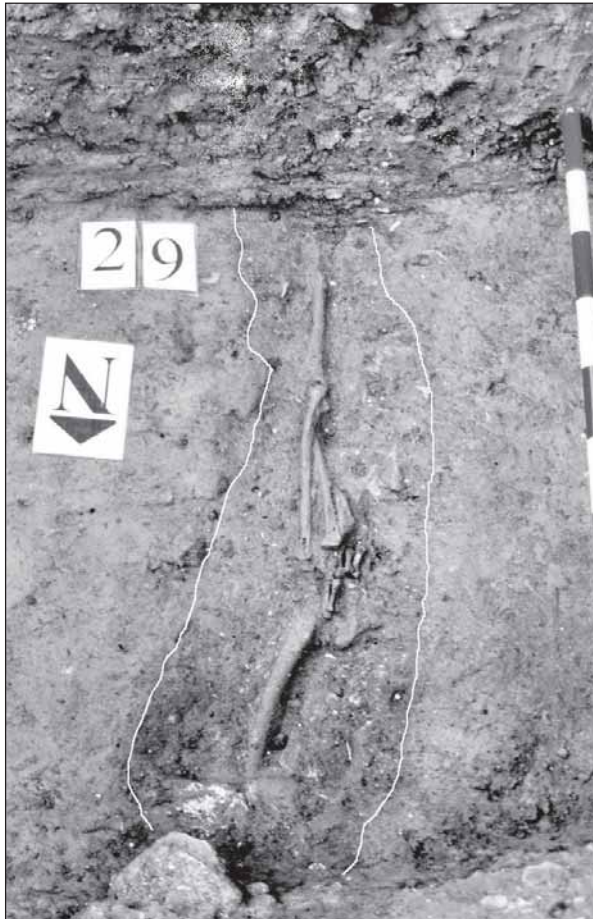


Lámina IV. Fosa simple de la campaña IV, sondeo 6, UEF-92.



Lámina V. Inhumación de fosa simple con depósito funerario (campaña IV, sondeo 2, UEF-122).

a 50 cm. Su existencia, además, explica –aunque no siempre– los vuelcos sufridos por los esqueletos, circunstancia difícil de comprender si no es en condiciones de cierta holgura.

Otra importante diferencia ritual afecta a la presencia de ajueros o, como algunos prefieren llamarlos, “depósitos funerarios”. Las UEFs III-AA-41, III-AA-59, III-AA-69, IV-S2-122 (muy fragmentado por alteraciones contemporáneas) y IV-S3-65/137 contenían cada uno, a espaldas del cadáver y a la altura de la cadera, un “jarro con pitorro” volcado lateralmente, con la boca hacia el difunto (cinco casos entre 617: 0’81%; ver láminas V y VI). Su significado funerario se vincula con la normal, aunque excepcional, aparición de elementos cerámicos relacionados con el fuego y el agua, sobre lo cual existen diversas interpretaciones.¹⁹ Rara vez aparecen objetos de adorno personal (anillo, alfiler...). Merece la pena referir el hallazgo ocasional, fuera de las tumbas, de fragmentos de candiles, que pueden estar asociados a la tradición de cumplir las obligadas oraciones nocturnas durante las siete noches posteriores al sepelio.

¹⁹ J. Martínez y otros (1995: 108) proponen que estos vasos contendrían agua cuando se depositaron, que contribuirían a un “acercamiento del paraíso” y los analizan como evidencias de una “oposición simbólica” en función de su rareza en los contextos estudiados: “la gran mayoría de individuos no tienen ningún problema para disfrutar de la vida eterna. Por el contrario, la incorporación de elementos simbólicos (...) sólo a algunos (...) nos plantea la necesidad de ayuda que, desde el punto de vista de la comunidad, tienen estos individuos para entrar en el paraíso (...) El ajuar en estos casos parece mediar entre el individuo ‘extraviado’ y Dios (...)”.



Lámina VI. Ejemplar completo de jarro con pitorro o alcarraza hallado en la campaña IV.



Lámina VII. Estela funeraria algecireña (campaña IV, sondeo 3, nº de inventario 191)

Ya hace tiempo que constatamos la exclusiva presencia de fragmentos de estelas cerámicas vidriadas y decoradas mediante estampillado en esta fase II, sin excepciones (presentamos en la lámina VII el único ejemplar conocido íntegramente conservado).²⁰ En los últimos años se han convertido en verdaderos *iconos* de la Algeciras de época meriní. No obstante, son muchos los problemas en torno a su cronología. Desde los primeros trabajos en la necrópolis se partía del presupuesto erróneo que identificaba Villa Nueva con *al-Bunayya*;²¹ por consiguiente, el recinto norte de la Algeciras medieval se constituía como yacimiento “cerrado” y “monofásico” (TORREMOCHA y otros, 2001: 350) y el uso de su cementerio no podía sino coincidir con la vida de la *madina*. A pesar de las notables coincidencias entre las estelas algecireñas y las nazaríes de Málaga (alguna muy parecida a las nuestras: ver lámina VIII), siempre se ha insistido en los atributos diferenciales entre ellas para argumentar a favor de la filiación benimerín para las primeras (estampillado bajo vedrío verde, aquí, frente a -por lo general- cubierta estannífera bajo trazos vidriados en cobalto, allí). Con el respaldo de nuestra actual propuesta espacial para las villas en su conjunto y para el Cementerio II en particular, se plantea su pertenencia a la población nazarí de *al-Yazirat*.²²

²⁰ Por suficientemente repetida, evitamos su descripción técnica y morfológica, que puede consultarse desde Torremocha y otros (1999: 187-191) hasta Torremocha y Oliva (2003: 200-204), pasando por varios otros trabajos donde se exponen los mismos presupuestos; destacamos, por la amplia representación gráfica que contienen de materiales procedentes de nuestras excavaciones, los de Torremocha y otros (2001), Torremocha y Oliva (eds.) (2002) y VV. AA. (2003).

²¹ Preferimos esta lectura del nombre de la ciudad, según el argumento semántico que amablemente nos comunica M^a Antonia Martínez (Universidad de Málaga), en clara coincidencia con lo expresado por las fuentes documentales en que basamos nuestra identificación de las villas (ver Jiménez Camino y Tomassetti, e. p., en estas mismas Jornadas).

²² Sin que podamos precisar su perduración -con los consabidos lapsos meriníes y cristiano- entre 1238 y 1379. Trabajamos actualmente en una línea de investigación que procurará definir los distintos momentos de dominio granadino según la documentación histórica y su, en principio, difícil reflejo en las estratigrafías conocidas. Respecto a la identificación de las estelas, hemos consultado con el Ación (Universidad de Málaga), quien se muestra de acuerdo con la identidad entre nuestras estelas de piedra arenisca (fase III; ver más adelante), las rondeñas y las magrebíes, que sí pueden ser consideradas meriníes. Las de cerámica de la fase II podrían fecharse, en coincidencia con los datos estratigráficos, hacia los inicios de lo nazarí, cuando deben aparecer también las malagueñas -discoidales y de orejas-. Respecto a lo específico del tipo en Algeciras, no debe tomarse como argumento contra la hipótesis nazarí, en la medida que las malagueñas son tan extrañas en el ámbito del reino de Granada como éstas, hecho demostrado por la práctica inexistencia del modelo en la propia capital nasrida.

Claramente destinadas a servir de marcadores externos de las tumbas (ya sean individualmente, en grupos de dos –cabeza y pies– o de cuatro –ángulos–), otra cuestión es su sistematización en subtipos, modelos y dimensiones. Lo poco realizado hasta ahora (TORREMOCHA y OLIVA, 2003: 200-201) carece de profundidad y no aporta nada más allá de la aplicación de la lógica ecuación edad-tamaño sobre una muestra diversa y bastante escasa. Esperamos en breve poder avanzar los resultados de nuestro trabajo a medida que se vayan catalogando los fragmentos inéditos, que superan el centenar.²³

Junto a las estelas son habituales los fragmentos de apliques arquitectónicos (de similar técnica y decoración que aquéllas; Lámina IX), olabrillas y fragmentos de ladrillos vidriados. Es difícil concluir algo sobre su presencia en los estratos correspondientes. Hemos considerado que pudieron formar parte del aparato decorativo de los muros de distribución interna, como no parece improbable. Pero hay que ampliar la hipótesis al supuesto de que, al menos en parte, procedan del desmantelamiento de maqabriyyas cerámicas similares a la conocida como tipo N de la *maqbara* de Gibralfaro (Málaga).²⁴

El cementerio II ha sido sub-fasificado en dos o tres momentos de enterramiento/relleno, según las zonas estudiadas. Sería prolijo exponer por extenso las características definidoras de cada una de estas subfases por campañas, pero puede servir de guía la secuencia conocida en el sondeo 4/5 de la última. Aquí

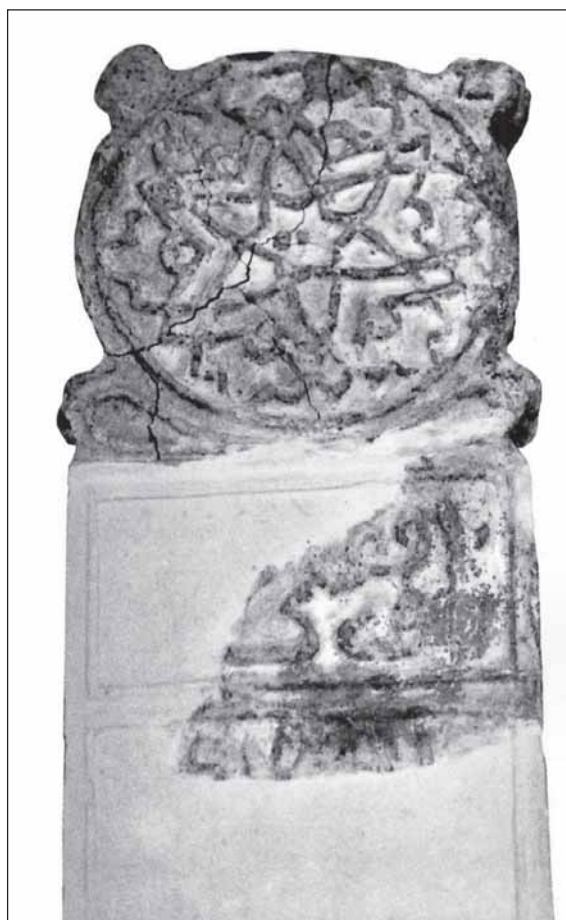


Lámina VIII. Estela nazari malagueña.

²³ La definición de módulos tipométricos y su correspondencia –hasta ahora más o menos intuitiva– con grupos de edad no será rigurosa hasta que se apliquen protocolos de medición y análisis estadísticos sobre la población total de estelas conocidas y de cadáveres, en condiciones idénticas de recuperación arqueológica (es decir, procedentes de los mismos niveles de excavación). Es más, las conclusiones esbozadas en Torremocha y Oliva (2003) entran en abierta contradicción con lo expresado por el primero de los autores en VV. AA. (2003: 90), sobre que la población enterrada en este cementerio es sobre todo masculina y con escasos infantes, para llegar a la afirmación del “carácter militar de la mayor parte de los residentes en la ciudad (guarnición de ‘Voluntarios de la Fe’ norteafricanos)”. Ambas premisas son falsas: el silogismo, necesariamente. Se han documentado individuos que, según análisis *de visu*, pertenecen a todos los grupos de edad de ambos sexos. Por primera vez se acometerá un estudio antropológico de los restos óseos en breve, financiado por SOMIXUR S. A. y coordinado por la Fundación Municipal de Cultura.

²⁴ De sección triangular (19 cm de base por 13 de altura), con decoración estampillada de motivos vegetales, epigráficos y geométricos (Fernández Guirado, 1995: 46, fig. 3 y fot. 5). Sospechamos que algunas piezas catalogadas como “pilas de abluciones” pertenecerían a elementos como el descrito (por ejemplo, Torremocha y Oliva, eds., 2002: n° 150).

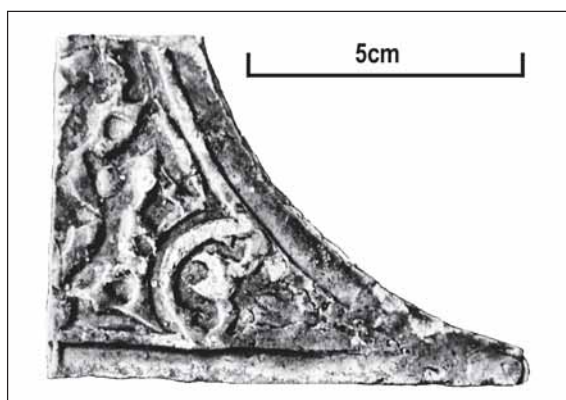


Lámina IX. Aplique cerámico procedente de la campaña IV.

hemos dividido esta fase en dos: subfase IIA (la más antigua) y subfase IIB (la más moderna) diferenciándose entre ellas –además de por los niveles de enterramiento– por la desigual alteración química sufrida, estando el sedimento de la primera oxidado, con coloración roja oscura. En este sentido, hemos descartado inicialmente hacer un estudio de cotas ya que, como también se ha podido comprobar, no se da una norma en las profundidades medias de las fosas, pudiéndonos llevar a engaño, tanto por la incertidumbre de las subfases que sería posible distinguir según este método, como por la circunstancia de que, estudiando los valores totales en los nueve sondeos de la IVª campaña en que se excavaron sepulturas, hay una secuencia prácticamente sin solución de continuidad desde los 17'72 (la cota mínima conocida) hasta los 20'44 m.s.n.m. (cota máxima), siendo el mayor salto entre cifras de 4 centímetros, que consideramos poco significativo.

Subfase IIA. La fundación del segundo cementerio se produce mediante la inserción de muros de mampostería irregular con paredes exteriores estucadas y decoradas.²⁵ Su construcción altera a veces las inhumaciones del primer cementerio. Levantadas dichas estructuras, servirán de contención a los sucesivos rellenos, cuyo vertido respetará las principales zonas de tránsito. A partir de este momento, las inhumaciones se practican al interior de los espacios rellenos.²⁶

Se lleva a cabo una profunda transformación del espacio funerario que poco tiene que ver con la llamada fase I: la compartimentación del espacio mediante la construcción de cuatro estructuras murarias (numeradas del I al IV) que habilitan un espacio de tránsito (de c. 2'80 m de anchura) y conforman un trazado más o menos ortogonal interrumpido por accesos a distintas zonas funerarias. Como es habitual, no soportaban techumbre y conservaban unos 70 cm de alzado. Se encontraban volcados a contraplomo sobre la vía intermedia (que no había sido rellena por los nuevos depósitos pero contenía inhumaciones de la fase I), en la cual descansaban sus derrumbes. Los muros aparecen estucados y con preparación para ser decorados sea con pintura, sea mediante la colocación de apliques arquitectónicos. Todo el conjunto funciona también durante la subfase IIB.²⁷

Como se dijo antes, estas estructuras (salvo la IV) sirven de límites a una línea de tránsito de la que difluyen varios accesos a las zonas de enterramiento. Creemos que es ésta su principal función pues no condicionan la deposición de las hileras de tumbas (salvo, otra vez, la IV, en la subfase IIA), como en los otros casos conocidos (sondeos IV-2 y IV-3,

²⁵ En el sondeo 3 de la IVª campaña, sin embargo, parece que primero se procede al relleno y después al murado, como también intuimos para la excavación de 1997, afectando a esqueletos del propio cementerio II. De hecho, la secuencia de acciones en esta primera campaña parece ser: relleno>inhumaciones>muros>inhumaciones; en la IVª, se procedería: relleno>muros>inhumaciones>realce de muros y relleno>inhumaciones; mientras que en la última la sucesión parece: muros>relleno>inhumaciones>relleno>inhumaciones. No es posible establecer coetaneidad entre unas y otras acciones según las zonas, pero, a primera vista, parece que las diferencias entre secuencias pueden estar informando de que se empezarían los trabajos con rellenos iniciales (quizá posteriores a las estructuras del sondeo V-4/5) donde se excavan las primeras tumbas, avanzando de sur a norte; más tarde se acometió la división interior de la *maqbara*, cuando en el sondeo de 1997 ya existían fosas (que sufren desperfectos) pero aún no se ha inaugurado el espacio ocupado por los sondeos IV-2 y IV-3. Así, el orden espacial de las inhumaciones en la IVª campaña se encuentra claramente dirigido por las alineaciones murarias. Sin embargo, no ocurre igual en el sondeo V-4/5, donde las estructuras I, II y III (no la IV) parecen funcionar como límites de un “camino” pero no condicionan las deposiciones. Entre las monedas recuperadas hay piezas que pueden estar reforzando la idea de un crecimiento gradual, incluso de los rellenos, sur-norte; se conoce medio *dirham* almohade en posición muy meridional, la UEF III-AA-129, mientras que apareció un cornado de vellón de Sancho IV (1284-1295) en la UE V-4/5-624 (casi el límite norte). Estos datos son muy provisionales, a expensas del estudio numismático completo. Hasta ahora sólo se han publicado los resultados de cinco ejemplares, del periodo de ocupación cristiana de la Iª campaña, en Mora (1998).

²⁶ Estamos procediendo al análisis de las orientaciones de los esqueletos por fases-subfases y por zonas. Mientras tanto no tengamos resultados definitivos preferimos obviar los datos, que podrían falsear las conclusiones con apreciaciones poco meditadas.

²⁷ Estructura I (UE V-4/5-604+657): paramento de 1'10 m de largo que forma esquina con otro de 1'90 m que se pierde en el perfil; no conserva restos de estuco. Estructura II (UE V-4/5-607+606+609+649+642+643+644): la de mayores dimensiones; conservaba más de 11 m, de mampostería irregular trabada con barro y argamasa; en su cara oeste, frentes estucados con paneles incisos de líneas simétricas como preparación para su decoración (en su derrumbe, fragmentos de estuco pintado –líneas rojas sobre blanco-). Estructura III (UE V-4/5-646+647): esquina suroeste, similar a la estructura I. Estructura IV: Conformada como un rectángulo de tres lados conservados (UE V-4/5-630+616+614), uno de los paramentos en UE-630 y UE-616 presentan un cuidado enlucido donde se marcan líneas guía que suponemos servirían de ejes para la fijación de apliques arquitectónicos (se han conservado numerosos fragmentos en sus derrumbes). La opuesta cara de UE-616, con restos del estuco primitivo. Pensamos que la función original de esta estructura sería la de panteón o edificio cultural. Su parte inferior queda conformada por un baquetón a modo de ancho zócalo hecho con tejas y material constructivo ligados con argamasa y recubiertos por estuco; debía proteger la base arquitectónica de la escorrentía de aguas.

especialmente). En estos últimos se han interpretado como parte de un sistema de “calles de enterramiento” que consiste en alineaciones paralelas de muros, separados entre sí 3'60-3'80 m, dentro de cada una de las cuales se distribuyeron las tumbas en dos filas, también paralelas. De manera transversal, se habilitarían vías de acceso con orillas reservadas (“aceras”), que permitirían el desplazamiento a través de las mencionadas “calles”. Este sistema organizativo se mantendrá a lo largo de la vida útil del cementerio (realzando paramentos para ganar altura tras un nuevo relleno), pero termina desestructurado al final, cuando los muros sufren algunos desperfectos por la excavación de las últimas fosas.²⁸

Subfase IIB. Con la base de la misma organización espacial, y aunque nos han llegado parcialmente removidas por construcciones y destrucciones contemporáneas, continúan funcionando las calles de enterramiento, excavadas las fosas en nuevos rellenos aportados de iguales composición sedimentológica e inclusiones. Constituye el más moderno uso del segundo cementerio y sobre él se producen las primeras amortizaciones de época bajomedieval. Se aprecian, no obstante, inhumaciones más allá de los límites impuestos por las estructuras del sondeo V-4/5 que, a pesar de todo, siguen respetando la zona de tránsito. Llama la atención la UE-V-4/5-658, donde se detecta la rotura de una estructura de mampuestos por el impacto de un pequeño bolaño, que hemos de relacionar a priori con las operaciones de asedio castellano de mediados del siglo XIV. Otros bolaños se han recuperado en la misma fase del sondeo V-6.



Figura 2. Planta de las fases I (almohade) y II (nazarí) del sondeo 4/5 de la campaña V.

5. ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DEL CEMENTERIO-FASE III

Importante novedad de la IVª campaña fue la identificación de una tercera fase en la secuencia de uso de la *maqbara*. Ello se deriva del análisis estratigráfico en el sondeo IV-S3, donde se observa que la apertura de las huesas corta los muros y rellenos del segundo cementerio (lámina X), desde un nivel de suelo que ha quedado fosilizado como depósito arenoso de carácter húmico cubriendo los estratos de la fase II. Con ello, terminan de desestructurar la organización interna del espacio de la *maqbara* que creemos nazarí. Parte del escombros producido al romper los muros se utilizará para componer las cubiertas.

La tipología de sus tumbas resulta muy homogénea, siendo las siete reconocidas, todas, fosas con cubierta de mampostería. Pueden distinguirse de las de la fase precedente en una disposición más irregular de los mampuestos, que no delimita con

²⁸ No hemos diseñado por completo una interpretación global para la totalidad de muros conocidos en el cementerio II. Existen en los sondeos I-AA, III-AA, IV-2, IV-3 y V-4/5, es decir, en todos aquellos de superficie superior a 9 m², salvo en los afectados por estructuras o destrucciones moderno-contemporáneas, lo que nos hace sospechar que el sistema era generalizado para todo el espacio necropolitano. Es posible que en parte respondan a espacios segregados de carácter grupal (familiar u otro), los llamados panteones, como en el sondeo IV-2 y el V-4/5, pero la exposición de todos los datos desbordaría los límites de esta comunicación. Preparamos actualmente una monografía sobre el cementerio del Fuerte de Santiago que esperamos vea la luz en el plazo de un año.

nitidez su planta, superponiéndose a veces entre ellas, de manera que la primera visión del conjunto presenta un aspecto similar al de un derrumbe.

TIPO DE ENTERRAMIENTO	C. I+II	C. III	C. IV	C. V	TOTAL	%
F. s. cubierta de mampostería	0	0	7	0	7	100'00
TOTALES	0	0	7	0	7	100'00

Bajo la mampostería existían fosas sencillas en que se colocan los cuerpos dispuestos y orientados según la pauta general. Cuatro de ellas han proporcionado clavos.

Otra primicia fue la aparición de estelas de piedra. En el cuadrante suroriental del sondeo IV-3 se encontraba *in situ*, clavado en la tierra y calzado por un fragmento de ladrillo y una laja, el pie tabular de una estela de arenisca (en que se fabrican todos los ejemplares), de forma trapezoidal (cota absoluta: 20'06 m.s.n.m.), en coincidencia estratigráfica con los enterramientos pero, debido a afecciones contemporáneas en su entorno inmediato, sin relación con cubierta ni cadáver alguno (lámina XI-1). Estratificados, pero removidos de su posición original, se recuperaron otros dos fragmentos (lámina XI-3) y aún se recogieron otros tantos ejemplares en prospección de superficie:²⁹ parte del remate de una (en arco túmido) y del cuerpo central de otra (rectangular, con “apéndices laterales” y estucada en blanco; lámina XI-2).

El tipo general puede describirse como estela con peana tabular y remate en disco que reproduce un arco apuntado o de herradura, pudiendo tener pequeños apéndices laterales en la unión entre los dos cuerpos. La novedad estriba en que esta clase de estelas, hasta ahora, sólo se había documentado, para *al-Andalus*, en Málaga y, sobre todo, en Ronda, fechadas en los siglos XIII y XIV (ver MARTÍNEZ, 1994: 455-456, que refiere el estudio de PAVÓN, 1980). La arqueología puede aportar unas datas mínima y máxima entre mediados del XIII y mediados del XIV, que más abajo afinaremos. La opción de un origen meriní para ellas parece el más acertado, en tanto la existencia del tipo en Málaga es poco o nada representativo (MARTÍNEZ, 1994: 455 refiere un solo ejemplar), mientras que abundan en Ronda (una de las pocas plazas fuertes de los benimerines, ver MANZANO, 1992: *passim*) y el norte de África (Argelia, Túnez, Marruecos... Por ejemplo, en Rabat y Salé, poblaciones del emirato benimerin en los siglos XIII-XIV; ver BOURRILLY et LAOUST, 1927: 93).

Hay que valorar, por tanto, la presencia de este reducido grupo de tumbas como la utilización del espacio cementerial en un momento en que, posiblemente, éste había dejado de funcionar y cuando las estructuras que lo organizaban internamente, en todo o en parte, se encontraban ocultas a la vista por la colmatación de sus alzados. Creemos que lo localizado del conjunto y su homogeneidad constructiva puede ponerse en relación con la presencia, otra vez, de un grupo humano distinto al que había mantenido vigente el cementerio con anterioridad.

6. SÍNTESIS HISTÓRICA DEL CEMENTERIO ISLÁMICO DEL FUERTE DE SANTIAGO.

El resumen de todo lo expuesto propone una interpretación bien distinta de lo que hasta ahora se ha escrito sobre el cementerio –los cementerios– del Fuerte de Santiago. Hemos conseguido plantear un amplio conjunto de hipótesis que afectan tanto a la secuencia de uso de este espacio funerario como a las características propias de cada una de las fases determinadas.

Respecto a la fase I, que inaugura la serie de enterramientos y, al tiempo, la ocupación humana de este espacio extramuros de la ciudad, lo definimos como cementerio I, de época almohade. Su cronología depende tanto del estudio de los artefactos

²⁹ Los estratos de esta fase fueron en parte y superficialmente afectados por el rebaje mecánico previo a la excavación. No hay motivos para dudar de la procedencia de estas piezas que, además, aparecieron muy cerca de los sondeos IV-S2 y IV-S3.

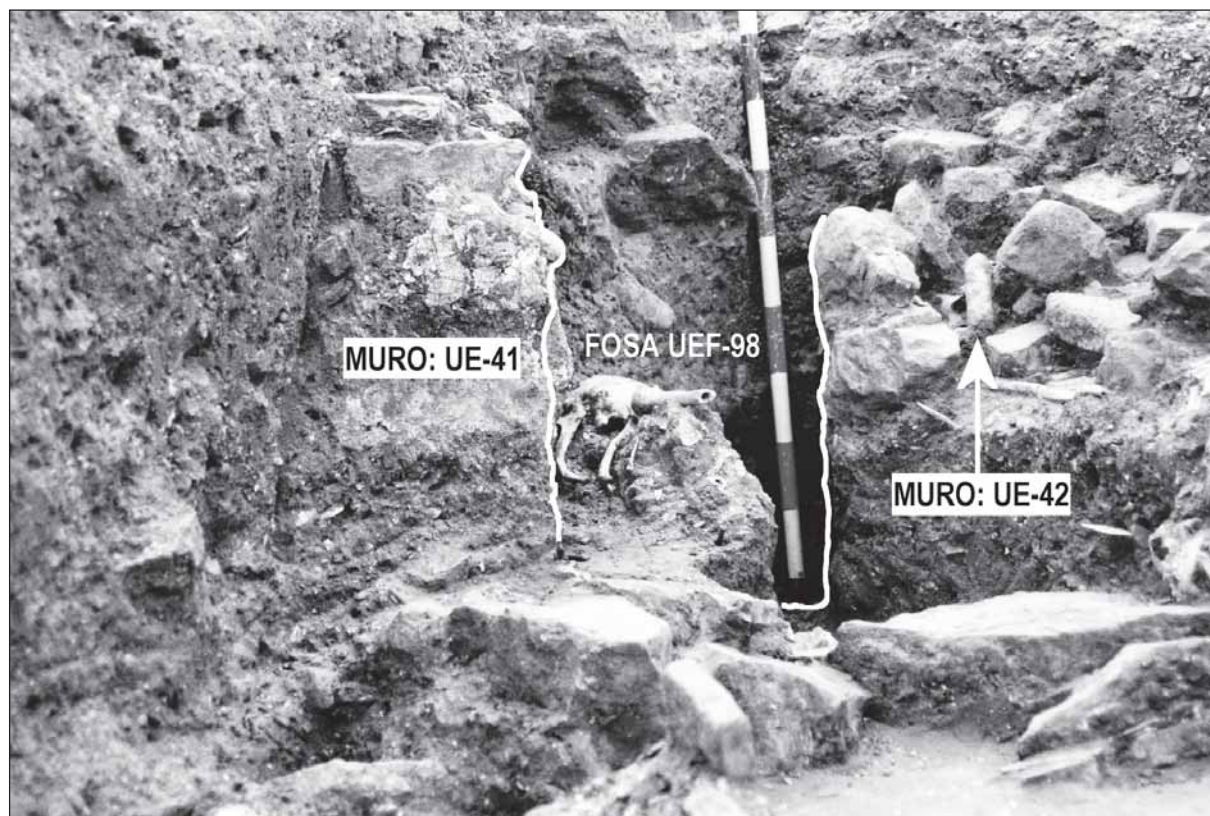


Lámina X. Fosa de una inhumación perteneciente a la fase III, cortando estructuras anteriores (campaña IV, sondeo 3).

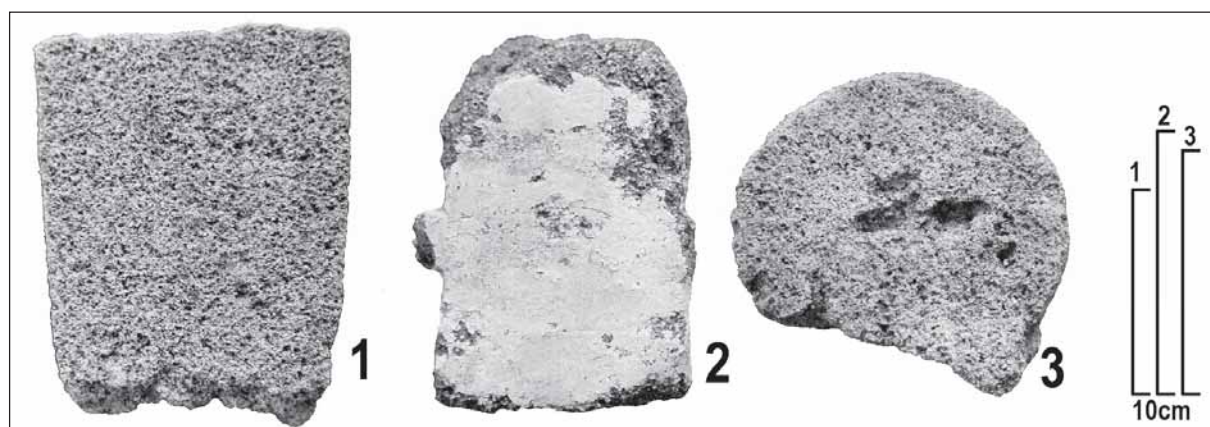


Lámina XI. Estelas de piedra arenisca procedentes de la campaña IV.

materiales contenidos en los depósitos estratigráficos correspondientes como de la comparación del conjunto de superestructuras funerarias con los estudiados en otros lugares. Las cubiertas de tejas suelen considerarse, en la mayoría de necrópolis islámicas estudiadas en medios urbanos andalusíes, las más antiguas, incluso desde el siglo IX.³⁰ El uso de las *mqabriyyas* es habitual en los siglos XII y XIII (significativamente en las *maqabir* de *Bab Bayyana* y *Saria qadima* de Almería; MARTÍNEZ y otros, 1995).

Apenas nada sabemos sobre su organización interna, salvo que también se levantó algún muro (la UE III-S3-31), dato que no podemos valorar con precisión. Se caracteriza por una distribución espacial diferencial entre los tipos de tumbas más significativos: tumbas “de prestigio” (*mqabriyyas* y afines) entre la línea septentrional de murallas y el centro aproximado del espacio ocupado hasta ahora conocido; tumbas simples y cubiertas con tejas por toda la superficie. La realidad social que ello parece traslucir apunta a la presencia, en las zonas más cercanas a la *puerta del fonsario*, de una población numéricamente significativa (en torno al 8%) cercana a los círculos de poder local.

En 1231, Algeciras y Gibraltar se someten voluntariamente a la autoridad de la taifa murciana de Ibn Hud. Siete años más tarde Muhammad ben Yusuf ben Nasr somete Málaga y la región de Algeciras. La llegada nazarí supondrá, en nuestra opinión, la creación del segundo cementerio. Sobre los motivos que mueven a las nuevas autoridades nada hemos averiguado aún en las fuentes, pero su fundación resultaba de evidente utilidad: “constituía un acto piadoso, grato a los ojos de Dios. El que la hacía gozaba de beneficios en la otra vida, lo mismo que si hubiera edificado una mezquita, excavado un pozo o reparado un puente” (TORRES BALBÁS, 1957: 144).

La obra acometida es además de un enorme volumen y, probablemente, no se ejecuta de una vez sino que avanza por etapas, desde el entorno del principal acceso a la *madina* hasta los alrededores del arroyo que suponemos el límite septentrional máximo de todo el complejo, por donde hoy discurre la calle Fray Tomás del Valle³¹. Un mínimo de 20.000 m³ de arena mezclada con trozos de conchas marinas cubren al final del proceso este vasto espacio que ya no alojará más a los cuerpos de los *muwahhidun*, los “unitarios”. Aún no alcanzamos a explicar con detalle el significado político y, por ende, religioso de esta magna obra pública (pues no se entiende una iniciativa popular que la llevara a término).³²

Se abre, eso sí, una atrayente línea de investigación. No olvidemos que durante el siglo XIII, con fuerte incidencia en la Málaga de los *banu Asquilula* y en la Murcia *hudí*, se desarrolló un ambiente religioso marcado por el sufismo místico, corriente que caló entre las clases populares y que se ha llegado a interpretar como “una de las crisis más acusadas de la cultura musulmana”. Los intelectuales se esforzaron en refutarla, apoyados por el poder estatal –defensor de la ortodoxia malikí– que llega a tomar medidas drásticas (GUICHARD, 2002: 242-243). Las acciones de “ocultamiento” del primer cementerio pudieran corresponderse con un amplio programa de *damnatio memoriae* irradiada desde el emirato granadino contra la *zandaqa* (herejía) sufí.

³⁰ Evitamos exponer por extenso los paralelos conocidos, que nos obligaría a dilatarlos, innecesariamente, con multitud de datos que de manera rápida el lector puede consultar en la obra clásica de Torres Balbás (1957), en los distintos artículos contenidos en Ación y Torres (eds.) (1995) –casos de Málaga, Almería, Granada y Toledo–, en Peral y Fernández (1990) para el malagueño cementerio de Gibralfaro, etc.

³¹ El sondeo n° 49 del programa de control del soterramiento de contenedores de basuras ejecutado por la empresa URBASER -practicado en su acera de impares- no aportó ninguna evidencia medieval. Por el este llegaría hasta el perfil acantilado sobre la antigua playa, hoy avenida Virgen del Carmen. Su término a poniente resta desconocido, constando algún dato inconcreto sobre hallazgos de huesos en el Parque María Cristina.

³² Es difícil sustraerse a la tentación de relacionar los rellenos de la necrópolis con otros excavados en diversos solares dentro de la ciudad, caso del trasero a la iglesia de la Palma, donde, rodeando a un amplio edificio público, se vertieron distintos paquetes arenosos que, al menos, cambian bruscamente la trama urbana preexistente (Tomassetti, 2000). Aún no hemos podido fechar con precisión estas modificaciones bajomedievales pero actualmente se trabaja de nuevo en la misma excavación para la puesta en valor de parte de las ruinas conservadas.

Tampoco descartamos un significado ritual al procedimiento empleado. Tenemos noticia de que, por ejemplo, en Salé, se practicaba con frecuencia el enterramiento bajo conchas marinas.³³ Nos parece interesante asociarlo a la noción de “refrescar la tumba” con que también se ha relacionado la aparición de jarros entre los escasos depósitos funerarios: según la escatología musulmana, durante los siete días posteriores al entierro (el tiempo del “castigo de la tumba”) ésta arderá y despedirá calor; los familiares del finado a veces riegan o siembran plantas en sus alrededores, costumbres a menudo reprobadas por los alfaquíes (ver, por ejemplo, FIERRO, 2000:181-183). No es descartable que la instalación de las tumbas en arena de playa y la inclusión en algunas de los citados “jarros con pitorro” –con las precisiones hechas en la nota 19– tengan sentido en esta línea.

Otra evidencia que fortalece nuestras hipótesis, al tiempo que ayuda a explicarlas, es la introducción de estelas cerámicas, quizá de manera progresiva (más escasas a muro del paquete sedimentario), que inciden en la adquisición de usos culturales que nos acercan el ritual de enterramiento al practicado en la zona malagueña de dominio nazarí.

Si nos dejamos llevar por los números conocidos, la ciudad habría crecido en número de habitantes y, en consecuencia, los decesos habrían aumentado considerablemente.

CAMPAÑA	FASE I	FASE II	FASE III	TOTAL
I y II	12	122	0	134
III	38	174	0	212
IV	21	172	7	200
V	66	149	0	215
TOTALES	137	617	7	761

CAMPAÑA	FASE I	FASE II	FASE III	TOTAL
I y II	8'96%	91'04%	0'00%	100'00%
III	17'92%	82'08%	0'00%	100'00%
IV	10'50%	86'00%	3'50%	100'00%
V	30'70%	69'30%	0'00%	100'00%
TOTALES	18'00%	81'08%	0'92%	100'00%
BASE 100	100'00	450'36	5'11	
BASE 100 Vª C.	100'00	225'76	0'00	

A pesar de tratarse de cálculos sobre datos aún imprecisos, nos atrevemos a hacer las siguientes consideraciones sobre la población. Es posible que ambos cementerios hubieran tenido una vida aproximada de entre 91 y 92 años (el primero entre 1146 y 1238; el segundo entre 1238 y 1329, aunque podría llevarse hasta 1342); tomando como “base 100” el número total de individuos enterrados en el primero de ellos, y habida cuenta de tratarse de un lapso temporal casi idéntico, el número de habitantes quizá se multiplicaría, con los nazaríes, por 4'50 o por 2'25 (según si atendemos a las cifras totales o a las de la Vª campaña).³⁴ Sabemos, sin embargo, que no era ésta la única *maqbara* en Algeciras (al menos había otra en la Villa Nueva), lo cual quita aún más valor al poco que tienen estas estimaciones.³⁵

³³ Refieren Bourrilly et Laoust (1927: 1, nota 1) que “*le champ ovale ou rectangulaire de la tombe, circonscrit par des pierres, est garni tout entier d'une couche de moules (unio) que l'on trouve sur place, dans les amoncellements impressionnants des déchets que laissent les pêcheurs de moules sur la dune de la Msalla*” [el campo oval o rectangular de la tumba, circunscrito por piedras, está guarnecido por completo de una capa de conchas (unio) que se encuentran en el lugar, en los impresionantes montones de desechos que dejan los pescadores de moluscos sobre la duna de la Msalla]. La traducción es nuestra.

³⁴ El Cementerio II ofrece un total de 617 cadáveres para 1.582 m² excavados, a razón de 0'39 individuos por metro cuadrado. La *maqbara* se extiende, al menos, sobre unos 20.000 m² (aunque seguramente es más amplia). Si se mantuviera la proporción calculada para esta superficie, podríamos hablar de una cifra en torno a los 7.800 individuos enterrados, sólo para esta fase. Si su duración fueran los dichos 91 años, las defunciones anuales habrían sido de 85 u 86.

³⁵ Se ha excavado parte de otro cementerio en la ladera norte del recinto meridional (*al-Bunayya*), quizá coetánea -en todo o en parte- con la del Fuerte de Santiago (Iglesias y Lorenzo, 2002). El viajero Ibn Sa'id al-Magribi (1208-1286) escribe sobre Algeciras en el *Libro de las Banderas de los campeones*: “los cementerios son tan hermosos que su contemplación arrebató los corazones” (ver Abellán, 1996: 48). El subrayado es nuestro. Se trata de la única cita conocida en una fuente islámica sobre las necrópolis algecireñas.

Hemos aportado nueva luz acerca de la organización interna de este renovado espacio cementerial. Desde su fundación, se organiza mediante el establecimiento de lo que hemos llamado “calles de enterramiento”, dentro de cada una de las cuales se distribuyeron las tumbas en dos filas paralelas. De manera transversal, se habilitarían vías de acceso (¿con aceras?), que permitirían el desplazamiento a través de aquéllas. La línea de tránsito documentada en el sondeo V-4/5, por los argumentos ya expuestos, podría tener un carácter distinto, identificable con el camino a Gibraltar que, cruzando la *musallà* y el espacio de los muertos, conduce a la *puerta del fonsario* de al-Yazirat al Hadra, permaneciendo como arteria de comunicación hasta la actualidad.³⁶

En su día asimilamos el tercer cementerio a un uso epigonal de su espacio, en función de la escasez de entierros documentados. Ciertamente no podemos valorar su existencia en términos paleodemográficos pues, siendo la fase más cercana a la superficie, ha debido sufrir más que ninguna otra remociones a lo largo de los siglos. Por un lado, es evidente que no supone cambios radicales, sin preparaciones observables, sino que encaja sus tumbas sobre las precedentes, afectando a los muros preexistentes, que debían encontrarse ocultos a la vista. Ello no supone, sin embargo, lapso temporal alguno, o al menos no importante, pues la colmatación de las estructuras murarias se produjo ya a finales de la fase II. Por otro, es muy reveladora la vinculación entre estas siete tumbas, sus cubiertas de mampostería siempre iguales y las estelas de piedra arenisca.

Sabemos que, en su lucha por sustituir al poder almohade en el Maghreb, la intervención meriní no albergaba la idea de “una profunda reforma religiosa con nuevos matices en materia jurídica o ritual, sino (...) un *pretendido restablecimiento del orden civil* (...) la restitución del desequilibrio demográfico resultante de la derrota de las Navas de Tolosa, y (...) la recuperación de los valores tradicionales del Islam” (MANZANO, 1992: XXVI-XXVII). Portadores de sus costumbres, acaso algunos se entierran en el mismo lugar que los habitantes de Algeciras lo hacían desde decenios antes. Pero ¿cuándo? Sospechamos, por su posición estratigráfica relativa, que inmediatamente antes de que las huestes cristianas conviertan en frente de batalla el lugar. A título de hipótesis, ésta más que ninguna, podría fecharse este grupo de inhumaciones entre 1329 (cuando Muhammad IV devuelve Algeciras a Abu Sa’id) y 1342 (en septiembre, Alfonso XI muda su real desde la Torre de los Adalides a la zona del *fonsario*).

Somos conscientes de que la múltiple alternancia entre dominio nazarí y meriní de Algeciras (1238-1342) se explica mal con esta secuencia lineal que hemos planteado. No podemos llegar más allá en estos momentos. Consideramos verosímil que el cementerio de fundación nazarí estaría vigente a lo largo de todos estos años, independientemente de quien detentara el waliato, y siendo en lo fundamental las mismas gentes quienes vivieron –y murieron– en la *madina*. Las expediciones meriníes tuvieron un marcado carácter militar desde el principio (la primera, de 1275). Su aporte demográfico sería eminentemente de soldados: se les dota, según nuestras actuales propuestas (ver nota 21), de un “campamento” aislado al sur del río de la Miel (*al-Bunayya*) con el que debemos relacionar *a priori* el cementerio de la calle Méndez Núñez. En qué grado se produjo la integración entre ambas poblaciones es un extremo que no podemos precisar, si bien el estudio antropológico proyectado podrá aportar datos fundamentales.

³⁶ No podemos detenernos en la exposición de los argumentos que avalan la identificación entre los elementos citados y los restos conocidos. Remitimos otra vez a nuestro trabajo en este volumen que revisa la hipótesis tradicional de las villas medievales. La Crónica de Alfonso XI cita 23 veces el “fonsario” de la Villa Vieja y 6 la “puerta del fonsario”. Nuestra interpretación del proceso de asedio establece el campamento del rey a septentrión del recinto norte, entorno donde deben localizarse estos dispositivos urbanos: *Veyendo el Rey que lo mas flaco de la ciubdat era de la parte del fonsario, mandó que todos los engeños, et trabucos que tenían puestos en derredor de toda la villa vieja, que los mudasen todos, porque tirasen al muro de la villa, que es desde la puerta del fonsario fasta la mar, et señaladamente que tirasen á la torre desta puerta, et á la torre del Espolon, que estaba cerca de la mar (...)* (Crónica, Cap. CCLXXXIX, p. 358 de la edic. de ROSSELL, 1953). Respecto a la *musallà*, en el Cap. CCLXXI, se dice: *et el Maestre de Sanctiago posó en un lugar que los Moros tenían hecho para matar el carnero en la su pasqua, que es cerca del fonsario* (Rossell, 1953: 345).

El asedio y posterior ocupación de los castellanos y sus aliados acabaron con la vida del cementerio. Dejamos para otra ocasión los detalles que revelan las estratigrafías al respecto, como la existencia de una posible cava en la zona del sondeo IV-S10. En cualquier caso, hay que decir que la superposición de los estratos con materiales de filiación bajomedieval cristiana sobre los niveles de enterramiento informan de una deposición directa sobre la rasante del último uso de la *maqbara*, que, como hemos visto, sufrió el impacto de proyectiles, la destrucción de tumbas, etc.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN PÉREZ, J. (1996): *El Cádiz islámico a través de sus textos*. Cádiz.
- ACIÉN, M. y M. P. Torres (eds.) (1995): *Estudios sobre cementerios islámicos andalusíes*. Málaga: Universidad de Málaga.
- ARANDA, A. M. y F. Quiles (1999): *Historia Urbana de Algeciras*. Sevilla.
- BOURRILLI, J. y E. Laoust (1927): *Stèles funéraires marocaines*. Collection Hespéris. Paris: Institut des Hautes-Études Marocaines.
- BRAVO JIMÉNEZ, S. y otros. (2003a): *Resultados de la Vigilancia Arqueológica de Urgencia en el solar situado en la Avenida España-calle San Roque (antiguo Cine Avenida) de Estepona (Málaga)*. Abril, 2003. Inédito. (2003b): *Informe sobre la Intervención Arqueológica de Urgencia del solar ubicado en la Avenida España, 200 a CALLE San Roque (antiguo Cine Avenida)*. Estepona (Málaga). Inédito.
- CORRERO GARCÍA, M. (2003): "Datos para el urbanismo en Algeciras en el siglo XX: el Cortijo 'El Calvario'". *Almoraima*, 29: 475-490.
- FERNÁNDEZ CACHO, S. (1995): "Evolución del poblamiento en el término municipal de Algeciras: una perspectiva arqueológica". *Almoraima*, 14: 9-30.
- FERNÁNDEZ GUIRADO, I. (1995): "La necrópolis musulmana de *Yabal Faruh* (Málaga). Nuevas aportaciones". En Acién y Torres (eds.) (1995): 37-68.
- FERNÁNDEZ, C. y J. M. Tomassetti (2001): *Informe preliminar de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el solar esquina CALLE Capitán Ontañón-Prolongación Avda. Blas Infante de Algeciras (Cádiz): Necrópolis de época meriní, Año 2001: Fase II*. Inédito
- FILI, A. y A. Rhondali (2002): "L'organisation des activités polluantes dans la ville islamique: l'exemple des ateliers de potiers". *II Congreso Internacional "La ciudad en al-Andalus y el Magreb"*. Algeciras, pp. 657-672.
- FIERRO, M. (2000): "El espacio de los muertos: fetuas andalusíes sobre tumbas y cementerios". En P. Cressier y otros (eds.). *L'urbanisme dans l'Occident musulman au Moyen Âge. Aspects juridiques*. Madrid, pp. 153-189.
- GENER BASALLOTE, J. M. (1996): *Excavación de la parcela de los Viveros Municipales. Edificio residencial-comercial (Algeciras, Cádiz)*. Inédito.
- GUICHARD, P. (2002): *De la expansión árabe a la Reconquista: esplendor y fragilidad de al-Andalus*. Granada: Fundación El Legado Andalusí.
- IGLESIAS, L. y L. Lorenzo (2002): *Informe definitivo de la intervención arqueológica de urgencia en la Calle Méndez Núñez, nº 4. Algeciras (Cádiz)*. Inédito
- JIMÉNEZ-CAMINO, R. y J. M. Tomassetti (e. p.): "Allende el río... sobre la ubicación de las villas de Algeciras en la Edad Media: una revisión crítica". *Iª Jornadas de Arqueología del Campo de Gibraltar. Protección del Patrimonio*. Tarifa, 23-25 de abril de 2004.
- JIMÉNEZ-CAMINO, R. M. y otros. (2001): *Informe preliminar de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el solar esquina CALLE Capitán Ontañón-Prolongación Avda. Blas Infante de Algeciras (Cádiz): Diagnóstico Previo y Excavación*. Inédito. (2004): *Informe de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el Cementerio islámico del Fuerte de Santiago de Algeciras (Cádiz): Vª Campaña*. Inédito
- MANZANO RODRÍGUEZ, M. A. (1992): *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*. Madrid: CSIC.
- MARTÍNEZ NÚÑEZ, M.A. (1994): "La estela funeraria en el mundo andalusí". *Actas del V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, vol. II: 453-474.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J. y otros (1995): "Las necrópolis hispanomusulmanas de Almería". En Acién y Torres (eds.) (1995): 83-116.
- MAYORGA, J. y A. Rambla (1999): "Memoria del sondeo arqueológico realizado en El Ejido, Málaga". *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1994*, Tomo III: 315-324.
- MORA SERRANO, B. (1998): "Hallazgos numismáticos en la necrópolis meriní de Algeciras". *Caetaria*, 2: 131-138.
- NAVARRO, I. y A. Torremocha (1998): *Informe preliminar de la Intervención Arqueológica de Urgencia en la necrópolis meriní de Algeciras (Cádiz)*. Inédito.
- OCAÑA TORRES, M. L. (2001): "El Siglo XVIII". En M. Ocaña (ed.). *Historia de Algeciras*. Tomo 2: 15-99.
- ORGANIZACION ISLÁMICA PARA AMERICA LATINA (s/f): *Los Funerales en el Islam*. Oficina de Cultura y Difusión Islámica (www.islamamerica.org.ar).
- PAVÓN MALDONADO, B. (1980): "De nuevo sobre Ronda musulmana". *Awraq*, III: 131-174.
- PERAL, C. e I. Fernández (1990): *Excavaciones en el cementerio islámico de Yabal Faruh, Málaga*. Málaga
- PÉREZ-PETINTO Y COSTA, (1944): *Historia de la muy noble, muy patriótica y excelentísima ciudad de Algeciras*. Inédito.
- ROSSELL, C. (1953): *Crónicas de los Reyes de Castilla desde Don Alfonso el Sabio hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Tomo primero. Madrid.
- SANTAMARÍA GARCÍA, J. A. y otros (1999): "Informe previo de la excavación arqueológica de urgencia en el solar de CALLE Huerto del Conde esquina a CALLE Pedro Molina. Necrópolis de Yabal Faruh. Málaga". *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1995*, Tomo III: 334-343.
- TOMASSETTI GUERRA, J. M. (2000): *Informe preliminar de la Intervención Arqueológica de Urgencia en el solar esquina entre las calles Muñoz Cobos y Santísimo, Algeciras (Cádiz)*. Inédito.
- TORNAY DE CÓZAR, F. (1981): *La Línea de Gibraltar. 1730-1810 (Origen histórico-militar de la Línea de la Concepción)*. La Línea.
- TORREMOCHA, A. y I. Navarro (1998): "La necrópolis meriní de Algeciras (siglos XIII-XIV): una intervención arqueológica de urgencia en la prolongación de la Avenida Blas Infante". *Caetaria*, 2: 99-130."
- TORREMOCHA, A. y otros. (1999): *Al-Binya, la ciudad palatina meriní de Algeciras*. Cádiz. (2001): "La cerámica de época meriní en Algeciras". *Transfretana, Coloquio sobre la cerámica nazarí y maríní*. Ceuta, pp. 329-366.

- TORREMOCHA, A. y Y. Oliva (eds.). (2002): *La cerámica musulmana de Algeciras. Producciones estampilladas. Estudio y catálogo*. Algeciras: F.M.C. "José Luis Cano".
- (2003): "Cerámica con función ritual de época meríní: las estelas funerarias de *al-Binya* (Algeciras)". *Cerámicas islámicas y cristianas a finales de la Edad Media. Influencias e intercambios*. Ceuta: Museo de Ceuta. Serie Maior. Informes y Catálogos, 4: 189-248.
- TORREMOCHA, A. y A. Sáez (2001): "Algeciras Medieval". En M. Ocaña (ed.). *Historia de Algeciras*. Tomo 1: 177-326.
- TORRES BALBÁS, L. (1957): "Cementerios hispanomusulmanes". *Al-Andalus*, XXII: 144-207.
- VERA, J. L. y M. C. Lozano (2004): *Informe técnico de la malacofauna de la necrópolis islámica del Fuerte de Santiago (Algeciras, Cádiz)*. Museo Municipal Paleontológico de Estepona. Inédito.
- VICENTE LARA, J. I. de (2001): "El siglo XIX: la consolidación". En M. OCAÑA (ed.). *Historia de Algeciras*. Tomo 2: 115-283.
- VV. AA. (2003): *Algeciras Andalusí (siglos VIII-XIV). Catálogo de la exposición*. Algeciras: Fundación Municipal de Cultura "José Luis Cano".